

//Dossier// María Laura Pérez Gras y Lucía Feuillet (coords.)

Ficciones especulativas

## **Desexilio y hauntología en *El año del desierto* (2005) de Pedro Mairal** **Carlos Martín Rodríguez<sup>1</sup>**

Recepción: 21 de octubre de 2024 // Aprobación: 30 de noviembre de 2024

### **Resumen**

En este trabajo se abordará *El año del desierto* (2005) de Pedro Mairal desde las categorías *desexilio*, propuesta por Mario Benedetti en los años 80, y *hauntología*, elaborada por Jacques Derrida una década después. Se analizará a María, protagonista de la novela, como sujeto atravesado por situaciones de *desexilio* que reconfiguran su relación con la otredad. Dichas mutaciones permiten advertir una lectura problematizadora del presente a partir de la intromisión del pasado como representación espectral. Esta exploración se llevará a cabo atendiendo a particularidades contextuales propias de las décadas de 1980, 1990 y 2000 que permiten situar la trama de *El año del desierto* (2005) como una representación crítica del entramado socio-político de la Argentina en los últimos años del siglo XX y comienzos del siglo XXI.

### **Palabras clave**

exilio - desexilio - hauntología - Mairal - desierto

### **Abstract**

This study will address Pedro Mairal's *El año del desierto* (2005) from the categories of *desexilio*, proposed by Mario Benedetti in the 1980s, and *hauntology*, elaborated by Jacques Derrida a decade later. María, the novel's protagonist, will be analyzed as a subject traversed by situations of *desexilio* that reconfigure her relationship with otherness. These mutations allow for a problematizing reading of the present through the intrusion of the past as a spectral representation. This exploration will be carried out by attending to contextual particularities specific to the 1980s, 1990s, and 2000s, which allow for situating the plot of *El año del desierto* (2005) as a critical representation of Argentina's socio-political framework in the late 20th and early 21st centuries.

### **Keywords**

exile - desexilio - hauntology - Mairal - desert

---

<sup>1</sup> Licenciado en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Profesor titular de Literatura Argentina I en el Instituto Católico Superior (InCaSup). Docente adscripto en la cátedra de Literatura Argentina I de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC. E-mail: rodrigueztrillo@gmail.com.

## Exilios y desexilios: algunas especificaciones

Desde comienzos de la década de los 60 del siglo XX, América Latina se vio asolada por un conjunto de gobiernos dictatoriales de raigambre cívico-militar, en su gran mayoría conducidos por ex alumnos de la denominada Escuela de las Américas. Estas nuevas intervenciones castrenses al orden democrático e institucional incorporaron a su lineamiento político-económico el desarrollo de estrategias conjuntas tendientes a censurar las libertades particulares de los sujetos que pudieran manifestar algún tipo de rechazo a los regímenes imperantes.

De esta manera, en la mayoría de los Estados latinoamericanos atravesados por esta coyuntura, el exilio como medio último de conservación de la integridad física y material se constituyó en un fenómeno cada vez más habitual que no solo afectó a intelectuales, artistas o políticos sino también al conjunto de la sociedad que pudiera expresar algún tipo de disidencia con el orden institucional.

Con el correr de los lustros, las luchas obrero-sindicales, los cambios de administración en el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica, la presión internacional y el acumulativo descrédito de las sociedades ante el accionar de las intervenciones militares concluyeron en un progresivo repliegue de los gobiernos dictatoriales a partir de comienzos de la década del 80. De esta manera, paulatinamente el fin de los exilios y los consecuentes regresos de los exiliados a sus países de origen comenzó a ser una posibilidad real y concreta.

En este punto resulta válido especificar brevemente los límites semánticos-conceptuales de lo que aquí entenderemos por *exilio*, tomando en cuenta que dicha categoría ha merecido a lo largo del tiempo cuantiosas exploraciones que la han convertido en un término por demás polivalente.

El término exilio tradicionalmente fue entendido desde el latín *exillium* con el que los romanos denominaban el castigo de destierro por razones políticas. Originalmente adquiere, por lo tanto, una carga fuertemente negativa y asociada a un quehacer (o a un no hacer) que necesariamente implicaba una dimensión política. Edward Said marca una diferencia tajante entre los exiliados y los expatriados que se

van de su país por razones “no políticas” y voluntarias a la vez que sostiene, en su trabajo *Reflexiones sobre el exilio* (2005):

El exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza. (p. 179)

De esta manera, la conceptualización que el crítico palestino expresa en torno al exilio no resulta ajena a los lindes semánticos del término *exillium* entendido como una instancia que supone un viaje forzado que priva al sujeto de su espacio original en contra de su voluntad para pasar a habitar una espacialidad diferente en donde ya no se reside en un “verdadero hogar”.

En una tónica análoga a lo expresado por Said, John Simpson (1995) afirma:

(...) la experiencia definitoria del exilio es ser arrancado del hogar, de la familia, de todo lo agradable y familiar, y por la fuerza ser arrojado a un mundo frío y hostil (...) La palabra en sí conlleva connotaciones de dolor y alienación.

Estas podrían considerarse como ejemplos de las nociones “canónicas” del término exilio. Sin embargo, el propio Said también cree que el exilio puede ser productivo en tanto libera al exiliado del insilio y le permite tener una mirada crítica y distanciada de la realidad. Es decir, esta instancia podría, amén de constituir una circunstancia no deseada, pensarse como una posibilidad de apropiar críticamente la realidad y los contextos que embargan las circunstancias propias del país del exiliado. En una tónica similar, Julio Cortázar (1978) afirma que el *exilio* no debe ser una instancia necesariamente nostálgica sino una nueva realidad con perspectivas diferentes y productivas que contemplen un futuro mediato.

Según Birgit Mertz-Baumgartner (2005), la noción canónica de exilio supone una pertenencia cultural inalterable que implica a la vez una dicotomía entre un “yo” y un “otro” (“conceptos identitarios dialécticos”). Esta concepción se encontraría superada a partir de los estudios poscoloniales, los cuales piensan la cultura desde sus diferencias internas y las oposiciones binarias como meras producciones

discursivas. A partir de esta lógica, el encuentro entre dos culturas supone, entonces, un proceso de negociación y traducción mutua.

El investigador israelí Yossi Shain en su trabajo “In Search of Loyalty and Recognition” (1988), por su parte, afirma que lo distintivo en el exiliado es el hecho de no buscar una nueva vida ni un nuevo hogar en la tierra en la que vive su exilio ya que considera esta instancia, a diferencia de la migración, como absolutamente temporal y supeditada a condicionamientos políticos de corte circunstancial.

De manera similar, Luis Roniger (2015), en concordancia con Edwar Said, se encarga de establecer una distinción entre exiliados, refugiados, expatriados y migrantes, sostiene:

(...) [el término refugiado] sugiere grandes olas de personas inocentes desconcertadas que requieren urgente asistencia internacional. Los expatriados son personas que viven voluntariamente en países extranjeros, por lo general debido a razones personales o sociales. Los migrantes [...] disfrutaban de un estatus ambiguo. Técnicamente, un migrante es todo aquél que emigra a un nuevo país, teniendo en principio posibilidad de elección. Aunque no fue desterrado, y siempre puede volver, todavía puede vivir con un sentimiento de exilio. Los exiliados [propriamente dichos]... son personas que se vieron obligadas a abandonar sus hogares, su tierra, sus raíces y se ven separados de su pasado. (pp. 9-10)

A partir de estas aproximaciones, resulta posible circunscribir los lindes del término exilio en este trabajo a una categorización que, como la piensan Said, Simpson y Shain, supone la expulsión de un sujeto de su espacio de origen por razones que responden a procesos de adhesión u oposición a procesos o ideas políticas.

Retomando la contextualización que nos sitúa en los primeros años de la década del 80, es en esta época y durante su exilio madrileño, cuando Mario Benedetti publica en el diario *El mundo*, hacia 1983, un artículo de título “El desexilio” en donde aborda críticamente algunos supuestos asociados al hecho de la reinscripción de los exiliados a sus respectivas naciones.

La primera consideración de importancia que destaca Benedetti (1984) en su artículo consiste en el carácter obligatorio que *a priori* asumen tanto el exilio como el regreso al espacio original por parte de los sujetos exiliados (p. 2). Si la expulsión que supuso el exilio fue inapelable y de cumplimiento efectivo, también lo era, en el imaginario social imperante durante los primeros tiempos del repliegue de las dictaduras latinoamericanas, el regreso de los exiliados asociado a una instancia deseada y atravesada de connotaciones positivas. De esta manera, los complejos procesos de reflexión y análisis en torno a las particularidades propias del regreso que pudiera elucubrar el exiliado se ven reducidos a la mera expectativa del regreso como un hecho inevitablemente añorado.

En este punto, sostiene Benedetti (1983), cumple un papel significativo la mirada crítica de los sujetos que no pudieron o no quisieron abandonar el territorio: si ellos quedaron resistiendo el régimen “desde adentro”, con los riesgos que ello implicó, ¿cómo podrían los exiliados, a salvo de todo peligro en tierras extranjeras, no alegrarse ante el inminente regreso a la patria?

Sin embargo, conforme la interpretación del escritor uruguayo, esta asociación entre regreso y deseo no siempre se conjugaba de una manera tan lineal e inobjetable. La incertidumbre frente a contextos políticamente imprevistos; la apropiación a la distancia de una realidad mediada; la preocupación por la inserción laboral y profesional; y las escasas certezas en torno a la posible continuidad de los procesos políticos incipientes resultan factores a tomar en cuenta a la hora de pensar de manera situada y concreta el regreso de los exiliados a sus espacios originales.

En *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar* (2007) Pablo Yankelevich y Silvina Jensen recogen una entrevista realizada a un ex exiliado argentino durante la última dictadura militar que resulta ilustrativa de las inseguridades e interrogantes propias del proceso de desexilio, las cuales son también mencionadas por Benedetti en su artículo de 1983 y luego en su trabajo *El desexilio y otras conjeturas*, publicado en 1984:

[Entrevista sin nombre]: “(...) me encontré con dos crisis paralelas: una personal, digamos, de darme cuenta de que todo lo imaginado, todo lo depositado en ese retorno, todas las expectativas fantásticas, implicaban unos costos tremendos de reasimilación a la Argentina, y que de última lo que tenía andado aquí (España) era bastante más de lo que yo creía, en cuanto a inserción, trabajo, relaciones y demás. Pero quizás lo que más me determinaba no era eso, sino que también el proceso de elaboración que se hace en los años de aquí nos hace percibir una Argentina totalmente distinta. O sea, me siento más extranjero cuando vuelvo que en el momento en que llegué aquí a España cuando me fui (...) me siento un extraño absoluto.” (Yankelevich y Jensen, 2007, pp. 105-106)

Este fragmento nos permite adentrarnos en otra consideración medular de la instancia del desexilio: la “contranostalgia” (Benedetti, 1983). Si por un lado el arribo al espacio del exilio significó la nostalgia por aquello que se dejó atrás en la tierra natal, el regreso al espacio original también supone un proceso de desapego de los lugares, personas, quehaceres y costumbres que configuraron la cotidianeidad del exilio y que, tras el tiempo transcurrido, poco o mucho, encierran en sí una valoración positiva.

Hay entonces en el proceso de desexilio dos espacios (el espacio original y el espacio del exilio) que se encuentran atravesados por la posibilidad de abandonar el espacio del exilio para recuperar el espacio propio. Esta circunstancia se ve a su vez caracterizada por un cierto carácter coercitivo del regreso: si bien no existe un mandato explícito que obligue al exiliado a retomar el camino de regreso; el retorno al lugar del cual se fue expulsado y la interpretación, por parte de los demás miembros de la sociedad, en especial por aquellos que sufrieron la persecución interna, de este hecho como una instancia positiva resulta una pesada carga para el exiliado que se dirime entre la nostalgia de su tierra y la de su espacio de exilio.

Más allá de esta primera formulación, cabe mencionar que la noción de desexilio no ha permanecido inmutable a través del tiempo, sino que ha ampliado

sus límites semánticos con el correr de las décadas y el desenvolvimiento de los hechos históricos, políticos, sociales y culturales que las han atravesado.

Fenómenos tales como los fracasos revolucionarios de los años 60 y 70; la consolidación de las democracias latinoamericanas; el creciente proceso de la globalización, fuertemente acrecentado desde fines de la década de los 80 y el último decenio del siglo; la apatía por el compromiso político y los procesos de transformación social; y el desarrollo de los modelos económicos neoliberales, en especial en el cono sur de América, son algunos de los factores que coadyuvaron a la posibilidad de la representación literaria de desexilios que no necesariamente pueden asociarse a un proceso de expulsión por razones de compromiso o militancia política (Rodríguez, 2021).

### **Hauntología y revisión del pasado reciente: décadas de 1980, 1990 y 2000**

En el marco de su trabajo *Espectros de Marx* (1993), Jaques Derrida plantea el término hauntología como una presencia del pasado en el presente. De manera espectral, situaciones acontecidas en el ayer se actualizan en el hoy creando así una realidad atravesada por una confluencia de tiempos. Desde esta concepción, la historia se construye a partir de un entramado de “apariciones” que encierran en sí sucesos que implican la existencia de minorías y grupos subalternos que, de una u otra forma, han influido en la construcción del presente.

Esta perspectiva en torno a la historia y sus actualizaciones resulta particularmente pertinente para pensar la Argentina cuya historia y presente se han materializado a partir de procesos de dominación y resistencia protagonizados por grupos de poder y sectores subalternos. La denominada conquista del desierto y el consecuente exterminio de los pueblos y culturas originarias; los procesos de organización nacional del siglo XIX con la imposición de modelos dominantes frente a posturas divergentes; y las dictaduras cívico-militares del siglo XX y sus planes de aniquilación de actores sociales críticos resultan ejemplos claros de esta tensión entre dominación y resistencia a lo largo del devenir histórico argentino.

Sigmund Freud (1931) sostiene que, de manera similar a los sujetos, los pueblos que no logran cerrar las heridas provocadas por un hecho histórico traumático determinado tienden a ocultarlas en una lógica negacionista frente al dolor. Esta decisión encierra en sí un hacer paradójico: tanto recordar como olvidar un suceso suponen un acto de historización, justamente aquello que se pretende cauterizar por medio del olvido.

Desde esta perspectiva podemos pensar la historia argentina como una construcción atravesada por una sucesión de hechos, en ocasiones traumáticos, que responden a la lógica dominante de la historia oficial que privilegia un conjunto de hechos por sobre otros que quedan desplazados a un segundo plano u ocultos del discurso histórico establecido como legítimo.

Sin embargo, por más que se los solape, estos momentos del pasado no tan solo existen sino que además, junto con los acontecimientos de la historia oficial, han construido el presente como una consecuencia del pasado. A partir de una mirada hauntológica, esos hechos pasados, traumáticos y subrepticios se actualizan en el presente con un halo fantasmal que pone en tensión el concepto de realidad entendida como una materialidad unívoca para ser pensada desde una lógica heterogénea de tiempos entrecruzados.

Derrida plantea en *Espectros de Marx* (1993) la presencia fantasmal del comunismo luego de la disolución de la Unión Soviética y en un contexto de desinterés y de interpretaciones críticas frente a la historia como proceso atravesado por componentes de naturaleza ideológica. Los hechos del pasado se introducen fantasmalmente en un presente apático frente al plano de lo político para poner en tela de juicio la historia y la identidad como fenómenos cerrados y unívocos.

En 1989 la caída del Muro de Berlín se presenta como símbolo de un cambio de paradigma a nivel global. La dicotomía entre el bloque capitalista y el bloque comunista que mantuvo al mundo dividido durante 40 años comienza paulatina y sostenidamente a desvanecerse hasta concluir en 1991 con la disolución de la Unión Soviética, uno de los actores principales de esta dicotomía. Desde entonces, se

acentúa una tendencia ya descrita por intelectuales como Giovanni Vattimo (1988) y Francis Fukuyama (1992) quienes durante la segunda mitad de los 80 y comienzos de los 90 pusieron de relieve el fin de las ideologías y de la historia como procesos transversales a la cultura occidental. Estas concepciones sostienen un creciente desplazamiento en los sujetos finiseculares desde el plano de lo colectivo a lo individual, dejando de lado la dimensión ideológica y social a la hora de pensar sus prácticas para dar paso al imperio del sujeto y sus intereses particulares como objeto de satisfacción inmediata. Si los años 60-70 estuvieron signados por la lucha idealista y los 80 por una paulatina concientización del *fracaso revolucionario*, la década del 90 será el tiempo de una conciencia políticamente apática y recelosa de los grandes compromisos ideológicos.

En este contexto, el dialogismo entre diferentes posturas ideológicas-políticas-filosóficas que se estableció durante la primera mitad del siglo se ve ostensiblemente disminuido hacia la segunda parte del siglo XX, especialmente en sus últimas dos décadas. Este vuelco paradigmático se observa con claridad, por ejemplo, al recurrir a las concepciones del Existencialismo y el Estructuralismo, en tanto corriente filosófica y marco metodológico-conceptual con amplia prevalencia durante el siglo XX, en comparación con el *Pensamiento débil* desarrollado en las últimas dos décadas de este periodo. Si el Existencialismo sartreano afirma la relación sujeto-sociedad, en tanto el primero es responsable con sus actos del cambio o conservación de la segunda; y si para el Estructuralismo la subjetividad surge a partir de un esquema de condiciones que la atraviesan, siendo el sujeto un ser cargado de sentido a partir de esa estructura; para el *Pensamiento débil* de Gianni Vattimo (1988) el sentido único del sujeto es deconstruido para pensar en los fragmentos de éste más que en su univocidad, a la vez que la ideología es percibida no desde una lógica de paralelas sino a partir de un trazado de transversalidades.

En *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* (2005), Beatriz Sarlo afirma que de forma paralela al denominado “giro lingüístico”, durante los años 70 y 80, se desarrolla un *giro subjetivo*, caracterizado como un

“reordenamiento ideológico y conceptual” del pasado y sus actores que implica una primacía de la subjetividad y el punto de vista en contraposición al tradicional objetivismo que había caracterizado a la historiografía oficial.

Luego de la Revolución Cubana de 1960 América Latina asiste a la consolidación de una conciencia política que privilegió una perspectiva colectiva ante las circunstancias y problemáticas continentales. De esta manera, la militancia política en América se perfiló fuertemente como un espacio de construcción social para cuestionar y modificar tanto las inequidades sociales y las políticas económicas subyugantes como así también los crecientes procesos dictatoriales impuestos en el continente desde la década de 1960 bajo la Doctrina de Seguridad Nacional, con la anuencia de los EEUU, y el asesoramiento de la Escuela de las Américas.

Así, Latinoamérica se convierte en un terreno atravesado por un creciente compromiso político-ideológico que pretende propiciar una transformación tangible de la realidad imperante. Este marco contextual, lejos de ser privativo al espacio latinoamericano, se manifiesta de manera global con acontecimientos como la Primavera de Praga (1968) o el Mayo Francés (1969) que expresan en diferentes sectores de la sociedad occidental –estudiantil, intelectual, obreros, etc.– un marcado compromiso con el quehacer político como herramienta de cambio.

En el marco de los años 60 y 70, Latinoamérica en su conjunto y Argentina en particular asisten a dos fenómenos concomitantes: el surgimiento de organizaciones políticas que encuentran en la lucha armada una respuesta a la violencia instalada por las dictaduras; y, por otra parte, la incipiente y sostenida represión de estas organizaciones por parte de los gobiernos regionales que no vacilan en aplicar severos métodos de coacción y aniquilación para desarticular sus funcionamientos. El surgimiento y desarrollo de estas agrupaciones, caracterizado en la mayoría de los casos por una transversalidad continental, se topa así con articulados planes represivos que revisten carácter igualmente continental –tal es el caso del Plan Cóndor– tendientes a perseguir el activismo político como medio para obturar el desarrollo del comunismo en América.

Como consecuencia de la persecución y violencia estatal desarrollada en este periodo, una importante cantidad de miembros de las agrupaciones políticas comienza a transitar la clandestinidad, abandonando, en muchos casos, sus espacios originales para iniciar procesos de exilio o insilio con el fin de resguardar sus vidas y las de sus familias.

En la década de 1980, ante el progresivo repliegue de los gobiernos dictatoriales, comienza el consecuente regreso de los exiliados a sus países, hecho que se suma a otros igualmente significativos para la reconstrucción de los próximos períodos democráticos como lo son la reorganización de los partidos y la revisión crítica por parte de las agrupaciones políticas de las acciones decididas en los años precedentes bajo la represión estatal.

En este contexto surge la idea de *fracaso revolucionario* para dar cuenta de un cuestionamiento al accionar de las organizaciones políticas-armadas a la hora de dar cuenta acerca de las decisiones tomadas en las décadas anteriores y las consecuencias que estas tuvieron tanto en la particularidad de las organizaciones y sus militantes como en las sociedades en su conjunto.

Esta crítica al pasado reciente y sus consecuencias contribuirá para que los años 80 y, especialmente, los 90 se encuentren atravesados por una tendencia a la apatía frente a la militancia política y sus instituciones, entendidas como espacios vacíos, carentes de capacidades reales para contribuir a un bienestar general.

A partir de esta interpretación, comenzará a desarrollarse un modo de pensar y actuar que privilegiará el interés individual frente a las causas colectivas, entendiendo la particularidad y circunstancialidad del sujeto como un actor fundante del entramado social, pero sin conceder trascendencia al quehacer colectivo como práctica mejoradora de la sociedad.

Así mismo, la revisión crítica al pasado reciente no sólo se lleva a cabo para con las organizaciones políticas y sus militantes, sino también con el Estado Nacional y sus representantes políticos. En Argentina, la sanción de la Ley de Obediencia Debida y Punto final durante el gobierno de Alfonsín y los posteriores indultos en la

gestión menemista propiciarán una pérdida de confianza en la dirigencia política institucional a la hora de resolver problemáticas trascendentes para el común de la sociedad y generará las condiciones para el surgimiento de espacios de lucha por fuera del Estado y las estructuras partidarias tradicionales, como es el caso de la agrupación HIJOS.

De manera paralela a estos fenómenos, el proceso de la globalización, surgido desde mediados del siglo XX con el fin de la Segunda Guerra Mundial y la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y fuertemente desarrollado a partir de la crisis del Estado de Bienestar, aparece diluyendo –al menos en apariencia– las fronteras nacionales para crear una ilusión de aldea global en donde las diferencias culturales tienden a ser minimizadas en aras de una aparente uniformidad. Las realidades históricas, sociales y políticas de los países pasan de ser rasgos definitorios para adoptar un rol cercano al color local, circunstancias casi anecdóticas que conforman un relato pretérito de naciones integradas a un todo global sin aparentes contradicciones ni diferencias sustanciales.

Paralelamente, en este marco comienza a desarrollarse fuertemente el Neoliberalismo como modelo político y económico dominante desde la década de 1970 que marcará los últimos años del siglo con una impronta transformadora del Estado y de las relaciones económicas globales. De esta manera, al igual que en Europa con gobiernos como los de Margaret Thatcher y Francois Mitterrand, la liberación de los mercados, la privatización de empresas públicas, la primacía de los organismos internacionales de crédito y las políticas fiscales restrictivas, entre otros aspectos característicos del quehacer neoliberal, se desarrollan con creciente ahínco en toda América.

En el caso argentino, con la elección de Carlos Saúl Menem como presidente en 1989, tras el mandato inconcluso de Raúl Alfonsín –caracterizado por una fuerte tensión con los sectores sindicales, las Fuerzas Armadas y la Iglesia Católica, sumado a una sustancial escalada de la inflación, desocupación y pobreza–, amplios sectores

sociales perciben este nuevo rumbo como una posibilidad de salida a la crisis imperante.

El nuevo mandatario desarrolla una política de corte fuertemente neoliberal con medidas como la venta a capitales privados de empresas hasta entonces pertenecientes al Estado –tal es el caso de YPF, Aerolíneas Argentinas o Entel–, la denominada Reforma del Estado, la Emergencia Económica y el Plan de Convertibilidad con los que pretendió estabilizar la economía argentina, al menos durante parte de sus primeros seis años de presidencia.

La caída económica internacional surgida luego del Efecto Tequila en 1995, la crisis del sector financiero ruso en 1998, la devaluación de la moneda brasileña en 1999, sumado a un constante proceso de endeudamiento con entes financieros internacionales con el objeto de sostener la política económica de paridad cambiaria, conllevará, al final de la era menemista, a una situación de extrema crisis económica y social, traducida en un detenimiento de la actividad productiva, acompañado de un fuerte incremento de la desocupación, que creará las condiciones para una escalada de malestar y conflictividad social que estallará en el gobierno de Fernando De la Rúa.

De esta manera, diciembre de 2001 deja en la historia reciente del país un saldo de 39 muertos, cientos de heridos y una crisis de representatividad política –por momentos casi rozando con la acefalía institucional– que puede muy bien ilustrarse con la proclama “¡Que se vayan todos!”, proferida con insistencia durante las manifestaciones públicas en el marco de la crisis político-económica-social que asoló la Argentina durante aquellos años.

Este clamor popular vuelve a poner de manifiesto un cambio de paradigma notable en relación a los años 70 y 80: si en las décadas anteriores las ideologías eran el espacio en donde proponer, discutir y defender modelos democráticos de país, durante los últimos años de la década del 90, y con especial ahínco en los primeros del siglo XXI, serán asociadas de manera vehemente –aún con mayor insistencia que en otros contextos– a la corrupción y al mal manejo de la administración pública, lo

cual pretenderá justificar la voluntad de una virtual expulsión de la clase político-dirigente de todos los niveles del Estado.

De esta manera, las ideologías, que en décadas precedentes fueron el espacio para construir marcos de acción colectivos que propiciaran una búsqueda del bien común, son interpretadas hacia los últimos años del siglo como ideas y prácticas carentes de legitimación a raíz de sus aparentes fracasos a la hora de mejorar las condiciones de vida de los sujetos y será entonces el individuo y sus intereses primordiales el que desplace la preocupación por lo colectivo en una lógica hedonista, particularista y materialista.

### **El desexilio como significativo hauntológico en *El año del desierto* (2005)**

María Valdés Neylan, protagonista de la segunda novela de Pedro Mairal, titulada *El año del desierto* (2005), relata a lo largo de diez capítulos, y desde la perspectiva de un narrador protagonista, los acontecimientos que tienen lugar durante el transcurso de un año indefinido en el espacio geográfico de la ciudad y provincia de Buenos Aires. La trama se articula a partir de una amenaza, denominada “la intemperie”, que avanza hacia la ciudad, proveniente de la provincia, metamorfoseando todos los espacios que encuentra a su paso. Así, las modernas residencias se tornan taperas que luego desaparecen sin explicación aparente, a la vez que el tiempo retrotrae su curso propiciando de esta manera un retorno paulatino a diferentes épocas pasadas de la historia argentina.

Esta arremetida contra la ciudad de Buenos Aires tiene su origen en las entrañas de la provincia desde donde avanzará primeramente hacia “las orillas”, es decir, el Conurbano bonaerense, para luego, finalmente, internarse en la capital. Junto a los efectos de “la intemperie” vienen también los habitantes de la provincia quienes emprenderán una sostenida avanzada que intentará ser resistida por los porteños, quienes, por medio de diferentes estrategias, buscarán conservar su estilo de vida y costumbres ante la amenaza del enemigo provinciano.

En este vertiginoso devenir de cambios y transformaciones, María vivencia el pasaje de un espacio que reconoció como familiar y cotidiano al comienzo del relato a otras espacialidades que, aunque se suponen en una continuidad geográfica con sus espacios originales, se tornan extrañas y por momentos irreconociblemente peligrosas en la medida en que avanza “la intemperie”. De esta manera, y a los fines de lograr su subsistencia, la protagonista deberá emprender una serie de viajes que la alejarán cada vez más de sus espacios originales y constituirán un proceso de exilio.

El exilio, situación de no poder habitar en los espacios de pertenencia que configuraron su identidad y su modo de vida, puede apreciarse en el desarrollo de la novela con algunas características particulares. Si bien ella continúa viviendo entre la ciudad y la provincia de Buenos Aires, estos espacios irán adquiriendo rasgos que permiten pensarlos como territorios que comparten una continuidad geográfica pero a la vez se constituyen como centros autónomos.

El lugar de origen de la protagonista es un binomio espacial constituido por Beccar-Barrio Norte. Ambos lugares son representados como sus espacios familiares y de pertenencia social: tanto uno como otro definen a María como integrante de un núcleo familiar a la vez que como miembro de la sociedad. De uno y otro espacio la protagonista será expulsada, si bien no por una orden expresa de algún mandatario político, sí por los efectos de una circunstancia de naturaleza política que implanta en la ciudad un estado con características similares al de una guerra civil.

Esta serie de cambios espaciales y temporales configuran a una protagonista que atravesará un proceso caracterizado por diferentes exilios de sus espacios de origen y que irá complejizando su identidad y sentido de pertenencia espacial.

En párrafos precedentes se mencionó que se entendería al término exilio como la situación que supone una salida forzada de un espacio original por razones políticas. En *El año del desierto* (2005) el avance de “la intemperie” y “la provi” encierra en sí una situación de conflicto político. Los medios de comunicación informan diariamente —hasta que dejan de existir— acerca de la marcha de “la

intemperie” y de la preocupación que esta circunstancia provoca en la población de la capital.

Frente a ello, las autoridades, primeramente, intentan negar este proceso para luego comenzar la implementación de medidas que impidan el avance del fenómeno provincial y sus adeptos. Proyectos como el “Plan de estabilización de la vivienda familiar” (Mairal, 2012, p. 15) o la distribución de un líquido para recubrir paredes y así evitar la erosión se destacan como indicios de una puesta en marcha de acciones gubernamentales tendientes a combatir “la intemperie”.

Los efectos del avance de “la intemperie” como hecho político que asola y transforma la sociedad porteña obligarán a la protagonista a cambiar de espacios y modos de vida para así resguardar su integridad física y obtener medios de subsistencia que le permitan continuar con vida.

En este punto es importante destacar que estos procesos de exilio —y los consecuentes desexilios que serán abordados más adelante— representados en la novela encierran una diferencia muy notable con los exilios-desexilios descritos por Benedetti hacia comienzos de la década del 80: María sufre la expulsión de sus espacios originales sin que este hecho esté antecedido por ningún hacer por parte de la protagonista. En la formulación expresada por Benedetti, el exilio-desexilio se aplica principalmente a sujetos que habían sostenido una militancia, un compromiso, una expresión de rechazo, etc., ante las circunstancias políticas de su tiempo. Sin que esto se constituya en una suerte de justificación de la persecución posterior, los individuos presentan rasgos que los posicionan ante una contienda política. María, en cambio, sufre las circunstancias políticas del avance de “la intemperie” y la virtual guerra civil entre los porteños y los provincianos, hechos que provocarán su exilio, sin que ella siquiera exprese de manera clara, sostenida y militante alguna posición política al respecto.

Este rasgo bien puede ser pensado a la luz del contexto de producción de *El año del desierto* a comienzos del siglo XXI y con un recuerdo aún muy fresco de la década del 90. En este sentido, resulta válido recuperar a Elsa Drucaroff (2006)

cuando en su trabajo sostiene que los acontecimientos acaecidos en la Argentina el 19 y 20 de diciembre de 2001 no inauguran la aparición de la política en la narrativa argentina reciente, pero sí se constituyen en un hecho movilizador que sacude la apatía con la urgencia de “(...) un tren en marcha (...)” (Drucaroff, 2006). Así, María se convierte en una protagonista social que resume en su representación el periplo de toda una sociedad (Drucaroff, 2006).

A lo largo de la novela, María atraviesa por dos situaciones en las que experimenta el desexilio. La primera de ellas, cuando un marinero irlandés de nombre Frank quiere alejarla de Buenos Aires para vivir junto a él en Irlanda; la segunda, cuando el español Ñuflo quiere apartarla de la tribu de los Ú para llevarla nuevamente a Buenos Aires. En un principio, la protagonista considera la posibilidad de huir con el marinero como una alternativa positiva para escapar de la ignominia en la cual se encontraba inmersa en el lupanar, a la vez que se siente seducida por ese hombre que la invita, casi sin conocerla, a atravesar el océano para comenzar una nueva vida. Sin embargo, de inmediato surgen las dudas:

Si me embarcaba, estaría al día siguiente en el océano, navegando hacia Dublín, donde no conocía a nadie. Conocía a Frank. ¿Lo conocía? Lo miré. Él insultaba a alguien en un inglés incomprensible. No sabía quién era ese tipo. Si lo seguía me iba a ahogar. Sonaba una campana para embarcar. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué tenía que hacer? ¿Para qué me iba a quedar en un lugar donde todo se deshacía? Pero el cuerpo parecía querer quedarse, la desintegración era algo mío, el desierto era algo mío. (Mairal, 2012, p. 180)

María es consciente de que el espacio porteño solo tiene reservada para ella la certeza de la destrucción, sin embargo es su “cuerpo” el que le pide quedarse. Es su misma corporalidad la que expresa un sentido de pertenencia a esa desintegración que asola su espacio. El metafórico desierto —fruto de “la intemperie”— en el que se había convertido su lugar de exilio era tan suyo como lo fue el binomio Beccar-Barrio Norte. En este contexto, María siente el mar no como un medio para escapar de un sitio infame sino como un lugar de muerte en donde la única certeza es el ahogo.

Este primer desexilio puede entenderse como la situación en donde María se siente privada de su espacio exiliar convertido metafóricamente en un desierto en donde apenas se vislumbran las ruinas de una ciudad pasada (en realidad, futura) para emprender un viaje hacia una ciudad europea.

En el último instante de decisión previo a la partida del barco, María ya no tiene dudas: se aferra a su espacio de exilio mientras ve partir a su repentino amante:

Me agarré fuerte de la soga. No. No me iba a subir. No me iba a subir. Le vi la cara de desesperado y me pareció que yo ya había vivido ese momento, exactamente eso, ya había sucedido, la cara de Frank, el barco alejándose, y él que gritó: —Eveline! Evvy (...) Eveline!» (...) me había gritado Frank cuando se alejaba; era el nombre de mi bisabuela. (Mairal, 2012, p. 180)

Con esta decisión, María renuncia a la posibilidad de dejar el espacio del exilio, en donde sobrevive en condiciones denigrantes, y rechaza la posibilidad de iniciar un trayecto que le permitiría llegar a un sitio que, si bien no es exactamente el binomio Beccar-Barrio Norte, sí remite a sus propios orígenes familiares: Eveline, su abuela, procedía de la misma tierra de Frank.

La mención a su abuela permite establecer una relación intertextual con el cuento “Eveline” (1914), del irlandés James Joyce. La muchacha dublinaesa que en el cuento de Joyce entra en duda de viajar a Buenos Aires con su enamorado y finalmente a último momento decide quedarse con su despótica familia es representada, en la posibilidad de un viaje inverso, por María en *El año del desierto* (2005). En ambos relatos las protagonistas tienen la posibilidad de huir a un nuevo destino que las aleje de la violencia y los malos tratos pero deciden abortar la partida. La diferencia medular entre uno y otro relato es que María, a diferencia de Eveline, se encuentra habitando un exilio lo cual configura la situación de su negativa como el resultado de un proceso de desexilio.

La segunda de las situaciones en que María se enfrenta al proceso recientemente referido remite al momento en que es invitada por Ñuflo para abandonar junto a él el territorio de los Ú con el objeto de regresar a Buenos Aires:

“El día de Navidad, temprano a la mañana, Ñuflo siguió viaje hacia Buenos Aires. Me había ofrecido ir con él hacia la ciudad. Le dije que quería quedarme entre los Ú y respetó mi decisión” (Mairal, 2012, p. 289).

En este momento de la narración, María atraviesa un exilio de su binomio espacial de origen que, en principio, resulta fuertemente disruptivo con su estilo de vida pero luego adquiere rasgos positivos que determinan el arraigo de la protagonista al espacio y la forma de vida de los indígenas.

A diferencia de los Braucos, en donde es considerada la esclava sexual del jefe de la tribu y recibe el maltrato de las demás esposas, entre los Ú el trato se torna cordial al punto de establecerse en pareja con Mainumbí, un joven de la tribu. Es allí donde incluso desea formar una familia con el aborigen (Mairal, 2012, pp. 297-298). De esta manera podemos observar una tríada entre los tres hombres que despiertan por María el deseo de una relación de tipo amoroso y los espacios que ella transita.

Alejandro es su novio mientras su exilio aún no se ha materializado. Es el hombre asociado a su espacio original. Frank resulta su amante en el momento del exilio de María en una desconocida Buenos Aires y es quien le ofrece la posibilidad de abandonar su exilio rumbo a Dublín. Sin embargo, la corporalidad de María desea “el desierto” donde la pareja se había conocido y sostenido su breve relación. Mainumbí, por su parte, ocupa el lugar del tercero de los hombres amados por María. La relación con este joven y su pueblo resulta fundamental para que el arraigo sea posible. La relación amorosa entre María y cada uno de estos hombres se desarrolla en un espacio asociado a una relación de pertenencia (Beccar-Barrio Norte), asimilación (Buenos Aires y la tribu de los Ú) que influye negativamente a la hora de pensar en la posibilidad de dejar atrás dichos espacios.

Al igual que en el Buenos Aires en donde conoció a Frank, el territorio de los Ú es reconocido por María como un espacio del cual no desea moverse. Tanto uno como otro representan lugares de exilio; pero si el deseo por no abandonar Buenos Aires estuvo vinculado a una reacción corporal que la retuvo al espacio de la desintegración, la decisión de quedarse con los Ú comprende un proceso de

asimilación que convierte a este proceso de desexilio tan significativo como el primero aunque más notorio.

### **Ideas finales**

En *El año del desierto* (2005) es posible observar una protagonista que atraviesa una instancia de exilio, entendido como el proceso por medio del cual es expulsada de su espacio de pertenencia (binomio Beccar-Barrio Norte) por motivos de naturaleza política.

“La intemperie” junto con el avance de “la provi” y la resistencia porteña constituyen fenómenos político-sociales que atraviesan y transforman la vida de una protagonista que a partir de dichas circunstancias se verá obligada a abandonar su espacio y modo de vida.

En el relato el exilio adquiere características particulares ya que no supone una salida del espacio geográfico que componen la ciudad y provincia de Buenos Aires, pero sí implica el habitar espacios configurados como autónomos, organizados de manera diferencial y atravesados por diferentes culturas y modos de existencia.

En el mismo relato, María atraviesa dos momentos en donde es posible advertir procesos de desexilio, en tanto instancias en donde la protagonista tiene la posibilidad de abandonar el espacio del exilio pero prefiere no hacerlo. Tanto una Buenos Aires desconocida y violenta como el espacio inhóspito de los Ú se constituyen en lugares que, al cabo del tiempo, encierran para María diferentes grados de pertenencia que le impiden abandonarlos.

De esta manera, la identidad de la protagonista irá adquiriendo nuevas facetas que se constituirán en factores determinantes que la apartarán de manera cada vez más ostensible de su espacio original. Entre una primera María oficinista, habitante urbana, con un modo de vida trivial y materialista y la misma María asimilada a la tribu de los Ú, median la instancia del exilio y las decisiones tomadas tras los procesos de desexilio que configuran a una protagonista, como ella misma lo afirma,

que ha sido “(...) más que tres Marías. No porque hubiera envejecido, sino porque me había ido acumulando, sumando Marías” (Mairal, 2012, p. 268).

Sin embargo, la representación del exilio en *El año del desierto* (2005) no puede leerse en una clave idéntica a la formulación expresada por Benedetti. El sujeto exiliado que a comienzos de los años 80 expresaba algún tipo de compromiso político asociado a la razón de su exilio es reemplazado en la novela de Mairal por una protagonista que sufre este proceso de forma pasiva sin que medie por su parte ninguna intervención o manifestación frente al contexto que la conmina al exilio.

Es posible identificar en esta particular representación de María ante el exilio una huella de la apatía propia de los años 90 frente al quehacer político y la participación de la sociedad en esta esfera. De esta manera, ante el avance de “la intemperie”, María sólo es capaz de reaccionar de manera individual ante el fenómeno político que afecta su sociedad: sólo su núcleo familiar-afectivo más íntimo (su padre y su novio) despiertan en ella un interés genuino más allá de su propia existencia.

Por otro lado, “la intemperie” y “la provi” que la condenan al exilio no han merecido por su parte ningún quehacer o manifestación previa más allá de la sensación de horror e inseguridad que despierta en ella la degradación consumada del espacio. Hay entonces un sujeto pasivo ante un fenómeno social de raíz política. Sin embargo, cuando María atraviesa su exilio en la tribu de los Ú, pasado ya el proceso del primer desexilio, es posible advertir en ella un importante viraje en su modo de interactuar con el entorno social que la rodea: hay un interés evidente por la comunidad —reflejado, por ejemplo, en sus reflexiones en torno a la posibilidad de alfabetizarla— a punto tal de desear la conformación de una familia en este espacio social.

Las instancias del exilio y el primer desexilio han obligado a María a establecer experiencias comunitarias (el edificio de Barrio Norte, su servicio como enfermera, la vida en el prostíbulo) que encuentran en la tribu de los Ú su máxima

expresión y motivan el deseo de continuar en esa espacialidad ante la posibilidad (segundo desexilio) de abandonar la llanura pampeana.

María entabla un contacto diferente con la otredad que la circunda luego de su exilio y a través de sus desexilios. Esa relación que en términos de Jorge Bracamonte (2014) “impregna” el fenómeno literario, cultural y social en un vínculo dialógico que va de la mismidad a la otredad y viceversa adquiere un matiz significativo en María después del abandono forzado de su entorno original y de la negación a abandonar su exilio: la protagonista es capaz de ver en la otredad que la circunda a un Otro que reconoce y la reconoce miembro de una comunidad. Así, la individualidad manifiesta de María en los momentos incipientes de “la intemperie” se ve reemplazada por un apego y un compromiso por la vivencia colectiva entre los Ú.

Por otra parte, a la vez que, como ya se dijo, esta particular configuración del exilio-desexilio en *El año del desierto* (2005) nos permite encontrar ecos de los años 90, resulta valioso recuperar el aporte de Elsa Drucaroff (2006) cuando plantea en su trabajo la posibilidad de ver en María una protagonista que, lejos de expresar una mera individualidad, encierra en sí un personaje social. María —amén de lo expresado en párrafos precedentes— también es una sinécdoque de la sociedad argentina atravesando tiempos históricos tan tempestuosos como inaugurales de nuevos procesos. La posibilidad de subirse al tren de la historia —por primera vez en caso de los jóvenes escritores— es una circunstancia latente que atraviesa las producciones literarias argentinas en los primeros años del siglo XXI (Drucaroff, 2006). Algunos escritores como Pedro Mairal aceptarán el desafío conjugando en *El año del desierto* (2005) una relectura del pasado en clave de presente.

En una tónica similar, al plantear en su trabajo que “(...) diciembre de 2001 (...) y el verano de 2002 marcan el fin de los 90” (p. 228), Sebastián Hernaiz (2012) ubica a *El año del desierto* (2005) como una narración que inevitablemente desarrolla una lectura de las series políticas y sociales que configuran la historia argentina. Lectura del pasado y del presente que constituye el carácter de “novedoso” y

“actual” no tan solo en la novela de Mairal sino también de buena parte de la producción literaria argentina post 19 y 20 de diciembre de 2001 (Hernaiz, 2012).

En este marco, la hauntología aparece en el relato en tanto representación espectral de un pasado que se interna en el presente a punto tal de reconfigurarlo y trastocarlo. En un contexto político y social atravesado por una crisis de representatividad y una negación de la historia como proceso ideológico, la protagonista de *El año del desierto* no tan solo se ve inmersa en diferentes tiempos pasados, sino que ese retorno-viaje al pasado la configura como sujeto con intereses sociales, los cuales no se advertían en los primeros momentos de la novela, situados entre los 90 y los 2000. Es la aparición del pasado lo que dota al presente de interés por el otro en tanto sujeto social.

Así, la particular configuración de María como protagonista de *El año del desierto* (2005) que encierra en sí, al mismo tiempo, el diálogo entre las instancias de exilio-desexilios y el viraje que parte de una postura particularista-individualista hacia a una comprensión comunitaria y sociabilizante de la realidad que la circunda puede entenderse como una apropiación crítica del pasado reciente y el presente argentino de comienzos del siglo XXI a través de un recurso hauntológico.

## Referencias bibliográficas

Benedetti, M. (1984). *El desexilio y otras conjeturas*. Nueva imagen.

----- (18 de abril de 1983). El desexilio. *El país*.  
[http://elpais.com/diario/1983/04/18/opinion/419464807\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1983/04/18/opinion/419464807_850215.html)

Bracamonte, J. (2014). Los unos y los otros. Una manera de revisar el devenir de la narrativa argentina contemporánea, en J. Bracamonte y M. Marengo (comp.), *Juegos de espejos. Otriedades y cambios en el Sistema Literario Argentino contemporáneo*. Alción.

Cortázar, J. (13 de agosto de 1978). América latina: exilio y literatura. *El Nacional*.

Derrida, J. (1998). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. Trotta.

- Drucaroff, E. (2006). Narraciones de la intemperie. Sobre *El año del desierto*, de Pedro Mairal y otras obras argentinas recientes. <http://elinterpretador.net/27ElsaDrucaroff-NarracionesDeLaIntemperie.html>
- Hernaiz, S. (2006). Sobre lo nuevo: a cinco años del 19 y 20 de diciembre, en E. Drucaroff, *Panorama interzona. Narrativas emergentes de la Argentina*. Interzona.
- Mairal, P. (2005). *El año del desierto*. Sotockcero. [https://www.stockcero.com/pdfs/978-1-934768-59-4\\_SAMP.pdf](https://www.stockcero.com/pdfs/978-1-934768-59-4_SAMP.pdf)
- Mertz-Baumgartner, B. (2005). Introducción. Experiencias de exilio y procesos de transculturación ¿Dos percepciones de una misma realidad? En *Aves de paso: autores latinoamericanos entre exilio y transculturación (1970-2002)* (pp. 11-19). Iberoamericana.
- Rodríguez, C. M. (2021). Resignificación del exilio-desexilio en *El común olvido* (2002), de Sylvia Molloy. Actas de las V Jornadas de Investigadorxs en Formación. Instituto de Desarrollo Económico y Social. <https://publicaciones.ides.org.ar/acta/resignificacion-exilio-desexilio-comun-olvido-2002-sylvia-molloy>
- Roniger, L. (2004). Destierro y exilio en América Latina: Un campo de estudio transnacional e histórico en expansión. *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano*. <http://www.pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/318-destierro-y-exilio-en-america-latina-un-campo-de-estudio-transnacional-e-historico-en-expansion>
- Said, E. (2005). *Reflexiones sobre el exilio*. Sudamericana.
- Simpson, J. (1995) *The Oxford Book of Exile*. Oxford University Press.
- Yankelevich, P. & Jansen, S. (Comps.). (2007). *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar*. Libros del zorzal.